

UN INTENTO COLONIZADOR EN EL PERU DE 1835

Percy Cayo

RESUMEN

En este artículo el autor presenta un valioso documento escrito por el Gral. Guillermo Miller sobre un viaje que éste hiciera, en julio de 1835, al este del Cusco. A juicio del autor el documento tiene un especial valor no sólo por las observaciones que Miller vierte en él, sino también porque constituye la evidencia de uno de los primeros intentos colonizadores de la selva peruana que se hiciera en el temprano siglo XIX.

ABSTRACT

In this article the author presents a valuable document written by General Guillermo Miller about a journey he undertook to the east of Cusco in July 1835. From the author's point of view the document is especially noteworthy not only because of Miller's insights, but also because it reports one of the first attempts to colonize the Peruvian jungle in the early 19th century.

Conocido fundamentalmente como militar y memorialista, presentamos a continuación un texto que ubica a Guillermo Miller entre los precursores de intentos colonizadores en el Perú republicano.

Nacido en Wingham, condado de Kent al sur de Inglaterra, en 1795, luego de haber participado en las luchas contra el poder napoleónico, decidió pasar a América; en 1817 desembarcaba en Buenos Aires, donde se le reconoció el grado de Capitan de Artillería.

Desde entonces estuvo íntimamente ligado a las luchas por la independencia americana; pasando por Mendoza, llegaría a Chile y se incorporaría al Ejército Libertador. Proclamada la independencia de Chile, participaría señaladamente en los dos éxitos que comandó Lord Cochrane a las costas peruanas. En agosto de 1820, incorporado al Ejército de los Andes, interpondría en las acciones que condujeron a la independencia del Perú. Grandes muestras de sus dotes militares y de su valentía «par. daría al lado de San Martín.

En la etapa peruana de nuestra independencia, en especial durante la lla-

mada segunda expedición a Intermedios, su capacidad de mando se hizo notoria; al llegar Bolívar lo reconocería en sus calidades militares, nombrándolo Jefe del Estado Mayor del Ejército Peruano.

Son bien conocidas sus actuaciones descolantes en la organización de los Montoneros del Centro, las que serían las Campañas de Junín y Ayacucho. Luego de esta última victoria avanzó hacia el Alto Perú, nombrándolo Sucre Prefecto del departamento de Puno y posteriormente del de Potosí.

Las acciones bélicas y su entrega total e ininterrumpida a la causa americana, las llevó en parte con menoscabo de su salud, por lo que concluida la campaña libertadora y atendiendo a los consejos de su médico, pidió y obtuvo del Libertador licencia para marcharse a Londres; antes este firmaría su merecido ascenso a la alta clase de General de División.

En julio de 1826 desembarcaba en Falmouth, en el extremo sudoccidental de Inglaterra, de donde de inmediato debió emprender viaje a su ciudad natal.

Fue poco después de su arribo a

Inglaterra que iniciaría, aunque la razón exacta no la conocemos, un relato pormenorizado de los hechos que había protagonizado o presenciado. Con tal objeto mantuvo correspondencia con muchos de los principales actores de aquellos acontecimientos como San Martín (entonces en Bruselas), Bolívar, Sucre y otros. Su sobriedad en el relato y apego a la verdad, llevaron a San Martín, por ejemplo, en una de sus cartas (16 de noviembre de 1827), a la siguiente referencia: "La parte histórica nada deja que desear". Allí tenía centradas Miller todas sus preocupaciones: la parte histórica; debió hacer un impresionante acopio de datos emprendiendo luego la redacción, que de seguro le significó meses de trabajo.

Mientras tanto, desde Lima, Luis José de La Mar, elegido Presidente de la República, reclamaba su presencia entre nosotros. Mas Miller se quedó en Inglaterra hasta ver editadas sus Memorias. En setiembre de 1828 salió la primera edición en inglés, a la que seguiría otra al siguiente año; 1829 vio aparecer la primera versión en castellano, en traducción del general español José María Torrijos.

Así en menos de medio año, Miller pudo ver la publicación de tres ediciones de sus Memorias; entonces decidió embarcarse rumbo al Perú, "su segunda patria". Cuando llegó al Callao en junio de 1830, ya no regía los destinos del Perú La Mar, sino Agustín Gamarra.

No pudo prescindir de verse envuelto en el trágado de nuestra inestable política, menos bajo la gestión de Gamarra; se le quiso involucrar en el escandaloso pronunciamiento que, encabezado por Francisca Zubiaga de Gamarra, "la Mariscala", destituyó al Vicepresidente La Fuente. Su lealtad a la ley le costaría su expulsión del país, debiendo viajar a Chile. Tanto en el Perú como en Chile, se registraron numerosas protestas por tal hecho; entre nosotros bastaría recordar la mención que merecería en el célebre discurso apodado "Yo acuso", que pronunciara Vigil en noviembre de 1832.

Concluido el gobierno de Gamarra volverá al Perú, al ser llamado por el Presidente Orbegoso, al día siguiente de su elec-

ción, nombrándosele Jefe del Estado Mayor Nacional. Así participó en la campaña en la zona del Centro, en que los seguidores de Gamarra terminaron por reconocer al Presidente Electo, luego del llamado Abrazo de Maquinguayo (abril de 1834).

Como consecuencia de la victoria de las fuerzas leales a Orbegoso, Gamarra se refugia en Bolivia. Poco después, el 11 de junio, Miller era promovido a Gran Mariscal, nombrándosele en setiembre Comandante General del Departamento de Arequipa. Sería entonces, cuando simultáneamente ocupaba la Prefectura de Puno Ramón Castilla, que surgirían una serie de desavenencias entre ambos personajes.

Al producirse el pronunciamiento de Salaverry contra Orbegoso, fue apresado estando en el Cuzco. Debió haber expresado su voluntad de no participar al lado de uno u otro. En esas fechas se retiró con algunos otros Jefes, a la zona de Paucartambo, donde permaneció entre abril y agosto de 1835 en un intento de establecer una colonia militar.

Enterado de la derrota de Gamarra en Yanacocha (13 de agosto de 1835), Miller vuelve a ponerse a órdenes de Orbegoso que combatía aún contra Salaverry, sin llegar a participar en la acción de Socabaya, pues Santa Cruz que comandaba el Ejército Unido, lo destacó en el camino a Islay, para la eventualidad de que Salaverry derrotado, pretendiera huir hacia la costa. Así fue como Salaverry se entregó junto con otros jefes. Santa Cruz desconocería las garantías que Miller les había otorgado, dando lugar por una parte a los fusilamientos de febrero de 1836 en Arequipa y por otras a que el jefe inglés disgustado por la actitud del Protector de la ya proyectada Confederación, solicitara su retiro; sin embargo meses más tarde Santa Cruz lo llamaría para encargarle una importante misión diplomática ante el Gobierno del Ecuador, la que aceptada lo llevó a firmar el Tratado del 20 de noviembre de 1836. Al año siguiente fue nombrado Gobernador Político y Militar de la provincia del Callao, donde realizó una importante obra.

Vencedor el Movimiento Restaurador, debió abandonar el Perú junto con el Mariscal Santa Cruz, de quien sin duda fue

partidario. Mas sus enemigos tomarían serias represalias contra él, borrándolo del escalafón militar. Entonces volvió a Inglaterra, y aunque siempre se mostró dispuesto a regresar entre nosotros, se lo impidieron.

Al fin logró obtener la licencia respectiva, reintegrándose al Perú en fecha incierta que debe estar situada en los inicios de 1859. Todos sus esfuerzos para que sus derechos fueran reconocidos resultaron estériles.

Convencido de que sus reivindicaciones no lograrían éxito por la férrea oposición de Castilla, y bastante enfermo, por consejo médico decidió volver a Europa para lo que se embarcó en el buque inglés "Naiad". La nave demoró su salida mientras el estado de su salud se agravaba rápidamente a pesar de los cuidados médicos que se le dispensaron, murió a bordo el 31 de octubre de 1861.

Embalsamado, el cuerpo de Miller permaneció en la nave hasta el 2 de noviembre, en que fue enterrado en el Cementerio Británico.

Cabe resaltar que en el acto de la autopsia, los cirujanos encontraron dos balas que por más de cuarenta años había llevado en su cuerpo, así como "veintitrés cicatrices causadas por heridas de armas de fuego y por armas cortantes"; se le había negado sus derechos y condecoraciones, pero no perdió esos testimonios indudables de su valor y heroísmo, puestos tantas veces al servicio de la independencia peruana.

Estando en el Cuzco, en julio de 1835, Miller escribió y remitió a Londres un Informe de su viaje al norte del Cuzco. Esa comunicación fue leída el 13 de junio de 1836 ante la Real Sociedad de Geografía de Londres y aparece en el Sexto Volumen de la publicación perteneciente al año 1836.

Lo ofrecemos a los lectores, en traducción de la profesora Ana María Juilland, Directora del Centro de Idiomas de la Universidad Católica.

INFORME DE UN VIAJE AL NORTE Y AL
ESTE DE CUZCO ENTRE LOS INDIOS
CHUNCHOS EN JULIO DE 1985
COMUNICADO POR EL GENERAL MILLER
DEL EJERCITO PERUANO
LEIDO 13 DE JUNIO DE 1836

De:

*The Journal of the Royal Geographical
Society of London,
Volume the Sixth, 1836*

Poco después de mi llegada a Cuzco, en enero de 1835, concebí la idea de establecer una colonia militar a orillas de algún río navegable en la vertiente oriental de los Andes, con el propósito de facilitar el descubrimiento o el estudio de dilatadas pampas o llanuras extendidas entre lo que se podría llamar los confines civilizados de Perú y Brasil y, en segundo lugar, procurar abrir una vía de comunicación directa con Europa por el río Marañón o el Amazonas. Como paso previo decidí examinar el valle de Santa Ana, al noroeste de Cuzco para ver si hubiera una extensión aceptable de terreno a la entrada del valle para el asiento de un centenar de soldados casados con sus oficiales y sus familias: con ese objetivo en mente salí de Cuzco a mediados de abril, y rumbo al noroeste pasé por la ciudad de Urubamba y seguí a orillas del río Quillabamba hasta el valle de Santa Ana. Me instalé en el villorrio de Incharate, a 25 millas allende la ciudad de Santa Ana y aproximadamente 120 al noroeste del Cuzco.

El valle de Santa Ana, con una extensión de casi 50 millas, regado por el río, o más bien la torrentera de Quillabamba, es muy pintoresco; lo limitan a ambos lados altos cerros verdes hasta la cima, cuyas faldas están cubiertas por espesos bosques y a sus pies se extienden altos y abundantes pastizales atravesados por un sinnúmero de arroyos que se precipitan en el río abajo; de cuando en cuando algunas amplias quebradas realzan el paisaje con sus imponentes masas oscuras que le dan un aire de esplendor y grandeza muy peculiar de Sudamérica.

Para un naturalista, este valle situado entre los paralelos 13 y 14 latitud sur, debe ser sumamente interesante; fieras, pájaros, insectos y plantas abundan: el tigrillo, el oso, el jaguar, el jabalí, el chinicay y el tapir¹, causan estragos por esta región matando mucho ganado en las haciendas aledañas. Algunos tigres se vuelven a veces feroces al extremo de atacar al hombre; 44 personas, incluso mujeres y niños fueron devorados hace tres años en la quebrada de Occabamba, diez leguas hacia el este.

De Incharate incursioné 20 millas hacia el norte hasta El Encuentro, lugar donde se unen el río Quillabamba y su tributario el Yanatildi; éste también corre en dirección sureste, casi paralelo a aquél. El camino, o mejor dicho la trocha, atraviesa un monte espeso por lo que tuvimos que recurrir a los macheteros para abrírnos paso entre la maleza, demorándonos 24 horas para avanzar 21 millas. En el recorrido nos causó muchas molestias un árbol llamado Palo Santo infestado de hormigas y con extensas ramas cuyas anchas hojas son ponzoñosas y causan una desagradable hinchazón cuando la piel entra en contacto con ellas. Un arbusto llamado Bastón del Angel, cubierto de horribles espinas no era menos molesto. No faltaban mosquitos, pero los insectos que más nos incomodaron fueron las avispas, que se ensañaron con nuestras caras al descender un abrupto cerro y para evitar desbarrancarnos, tuvimos que apearnos de nuestras asustadas muías. Ninguno de nosotros escapó de dos o tres picaduras lo que de manera alguna hicieron placenteras las carreras para recuperar nuestras monturas. Pasé dos días entre indios llamados Antes; tienen buen talante, excelentes dientes y buenos rasgos y su apariencia es superior y más atractiva que la de nuestros indios civilizados del Perú. Vi a uno excesivamente buen mozo y ninguno realmente feo. Habitan en chozas aceptables; visten una túnica de algodón que los cubre hasta los talones, producto de su industria; de sus narices, orejas, cuellos y tobillos penden adornos y se embadurnan las manos y la cara con rayas de pintura. Además de cultivar choclo, camotes, yucas y plátanos,

pescan y cazan para alimentarse. Tienen algunos chanchos y aves de corral, pero no comen su carne porque no es de su agrado; por otro lado, son como la mayoría de tribus salvajes, ociosos, sucios e indolentes. Los Antes están establecidos en las orillas del río Urubamba, 40 ó 50 leguas río abajo de El Encuentro; luego siguen los Tampas, Palataniques, Chuntaguirus, Conibos, etc., en dirección del Marañón. Los Chuntaguirus, considerados indios de raza superior, remontan cada año el río 200 leguas hasta El Encuentro para intercambiar mercaderías con los lugareños; traen loros y otras aves, monos, túnicas de algodón blancas y pintadas, cera, bálsamos, patas de tapir, adornos de pluma para la cabeza, pieles de tigre y otros, a cambio de machetes, cuchillos, tijeras, agujas, botones y cualquier bisutería. Son guerreros aunque inofensivos, a no ser que se enfrenten a sus enemigos declarados. Los Pucapacures, o indios de Paucartambo, los atacan a veces en un rápido formado por la confluencia del río Paucartambo, cuando en número de 200 ó 300 suben en su excursión anual. Arcos y flechas y una especie de espada de madera son sus únicas armas. Para llegar a El Encuentro les toma 3 meses y para regresar apenas 15 días. Fray Ramón, uno de los dos misioneros acantonados en Incharate y Cocabambilla, distantes entre sí una legua, bajó una vez hasta Santa Cruz y Santo Domingo, antiguas misiones en la orilla izquierda del Ucayal a 50 millas al sur del lugar donde el teniente Smyth, R.N., embarcó en febrero de 1835 para descender el Marañón. El Padre tiene a los Chuntaguirus y su región en gran estima. Allí vivió un año y los únicos indios que le inspiraban temor, o con los cuales tuvo dificultades, fueron los Conibos. ¡Qué atractivo campo de exploración para dos o tres emprendedores oficiales a medio sueldo del ejército inglés, o de la Armada, o algún viajero aficionado, harto de sus correrías por Europa!

El resultado en esta excursión fue que ni Santana² ni los valles contiguos se prestan para establecer una colonia, porque el río Quillabamba o Agua Caliente, llamado así porque nace a casi 15° latitud sur, está flanqueado de cerros abruptos y no

es navegable ni siquiera por lanchas.

Confirmado este hecho, regresé al Cuzco con miras a explorar los valles al este de esta ciudad. Así es como salí nuevamente de Cuzco el 17 de julio y después de cabalgar 5 leguas por un camino plano, llegué a la hacienda Huambotia, donde pernocté. El 18, diez leguas de camino por planicies sembradas de barrancos, me llevaron a la localidad o **Real Asiento de Paucartambo**, capital de la provincia del mismo nombre. Esta ciudad ubicada en una profunda hondonada y a orillas de un torrente fue alguna vez importante por su conexión con los valles distantes 20 leguas al extremo este de los Andes, que comprendían antiguamente 3 curatos y arriba de un centenar de haciendas, principalmente de coca. De estas últimas, debido a pestes, a las incursiones hostiles de los indios, etc., sólo quedan seis. Aparte de otras causas de decadencia, el río en los últimos años se llevó un tercio de las casas de la ciudad de Paucartambo y actualmente sólo quedan unos cientos de habitantes, la mayoría de sangre española que se distinguen por su inteligencia, su buen ver y su urbanidad, si los comparamos con el resto de la población del departamento de Cuzco.

El 22 enrumbé hacia los **Valles** y a lomo de bestia recorrí ocho leguas de camino tolerable, pero muy empinado, hasta las **Tres Cruces**, la cima de la última cumbre extremo-oriental de la Cordillera, mientras la floresta tropical, extendiéndose interminable hacia Brasil, surgió de pronto a la vista. Desde esta atalaya, la mirada del viajero puede abarcar de cima a cima los grandiosos Andes que aquí se elevan abruptamente desde las inconmensurables planicies a sus pies. Dormí en una choza para uso del viajero, pero me levanté antes del amanecer para presenciar la salida del sol en este esplendoroso panorama; a medida que clareaba, las bellezas de la naturaleza develábanse nítidas —el cielo y la tierra parecían sonreír— y mientras las contemplaba desde allí a esa luminosa hora del día, no podía dejar de pensar que se podría justificar la adoración de un objeto, si fuera lícito el culto a cualquier criatura, y que la idolatría de los Incas era más natural y más racional que la perversa y degradante

superstición que infelizmente prohió el culto introducido por los conquistadores de los ignorantes, pero alguna vez felices, peruanos. El sol brillaba en las alturas, pero abajo en lontananza apretadas e ininterrumpidas nubes ocultaban las verdes planicies, un ancho río navegable, La Madre de Dios³, y algunos afluentes cuya corriente plateada se divisa claramente cuando la atmósfera está despejada. Las nubes, cuyas imponentes masas podían tomar cualquier forma según la imaginación, subían suave y solemnemente con el sol hasta que se encapotó el cielo todo. Antes del amanecer el termómetro indicaba 28° (Fahr.); dos horas después se había elevado a 75°, una diferencia de 47° en el transcurso de tres horas.

Después del desayuno, bajé seis leguas hasta un lugar llamado Tambo; el camino, por llamarlo de alguna forma, por lo escabroso y escarpado hace dificultoso el transitar, sea a pie o a lomo de bestia; a menudo se angosta tanto, que al encontrarse dos muías ninguna puede cederle el paso a la otra, y en algunos sitios tampoco pueden girar para devolverse. En otros tramos ya no es senda sino zanja, y los árboles caídos forman una bóveda tan oscura que pareciera un pasaje subterráneo. En la Costa del Perú, la carga normal para una muía es de 12 a 14 arrobas; pero para transitar por estos caminos de sierra, el animal más fuerte no puede cargar más de 6 arrobas, y demoran comúnmente siete u ocho días para recorrer veinte leguas.

Al día siguiente, seis leguas de un camino pedregoso, desigual y a ratos extremadamente fangoso, me llevaron hasta Cosnipata, hacienda al extremo oriental del valle. Allí me quedé tres días, esperando infructuosamente que algunos Chuncuios, o indios salvajes, como son llamados los de Paucartambo, hicieran su aparición, como suele ocurrir de vez en cuando, aunque hasta recientemente habían dejado de incursionar en la zona por más de dos años, a raíz de una disputa con los españoles.

El 28, acompañado de un administrador, llegué hasta Santa Cruz y Chaupimayo, cuatro o cinco leguas al norte de Cosnipata, así como San Miguel, MugiHo y

Huainapata. Las haciendas de Cosnipata y Chaupimayo producen cada una 1500 arrobas de hoja de coca al año; las otras tres, de 500 a 1000 arrobas. La tierra prodiga arroz, cocoa, yucas, camotes, maíz, pinas y otras frutas de excelente calidad cuando cultivadas; sin embargo poco es lo que se siembra por la pereza de los superintendentes y de los peones cuya dieta la conforman el chuño, la cecina y el ají⁴. Son de la misma calaña, sucios e-inmorales, que las gentes que encontré en el valle de Santa Ana. Un peón gana 2 chelines al día; una mujer, un muchacho o una muchacha que recolecta coca, dos reales. Sin embargo esta gente está siempre endeudada con sus empleadores y viven en tan pésimas condiciones que padecen fiebres y tercianas y por falta de asistencia médica, muchos mueren. Los mayordomos son tan desidiosos, que ni uno de ellos se ha dado el trabajo de salir siquiera una milla fuera de los linderos de su hacienda. No hay ni un sacerdote, ni una capilla, ni un reloj de pared u otro en todo el valle, aunque el número de habitantes en las seis haciendas no baja de seiscientas almas. Un excelente pasto brota abundantemente donde han talado árboles y si bien crían ganado vacuno, no elaboran mantequilla ni queso. Casi no se ven verduras a pesar de las bondades del terreno y del clima para el cultivo de la mayoría de hortalizas. En dos de los fundos hay diez naranjales; cuando pregunté al observar que daban excelentes frutos por qué no había más, el mayordomo me contestó que la falta de tiempo les impedía ocuparse de esas cosas. De todas las ciudades que conozco, Cuzco sin duda tiene el mercado peor abastecido, por lo tanto no ha de extrañar que la gente del lejano valle de Paucartambo carezca de lo indispensable para subsistir.

El 29 regresamos a Cosnipata, y no bien habíamos llegado, recibimos un mensaje de diez o doce Chunchos de la tribu **Tuyoneris** que habían prometido quedarse en Chaupimayo hasta el día siguiente. Nos dirigimos hacia ese lugar, pero al llegar nos dimos con la sorpresa de que los visitantes se habían ido y que ninguna súplica había logrado convencerlos de esperar mi llegada. Decidí sin embargo seguirlos y de

ser posible alcanzarlos. Así, acompañado de una escolta me lancé sobre sus pasos. Un mulato del grupo, llamado José, decía haber llegado en otra oportunidad hasta un ancho río navegable al que yo tenía un especial interés en llegar y que según él, debía estar a ocho o diez leguas. Seguimos a pie, provistos de machetes y hachas para abrirnos paso a través de la maleza y media docena de mosquetes viejos y carabinas, para nuestra defensa. Seis horas y media demoramos para cubrir una distancia de tres leguas; tan trabajoso era desbrozar el camino, arrastrarse debajo de las ramas bajas de los árboles, sorteando raíces para no tropezar y lastimar o rompernos las canillas, rastrando la senda sin más guía que las imperceptibles huellas dejadas por los Chunchos que rara vez caminan en línea recta o siguen el mismo camino dos veces porque, cuando van con arco y flecha, están siempre al acecho de presas, monos, jabalíes o tapires. Además caminan cruzando los pies y con las puntas para adentro, de tal modo que las pisadas que dejan son en extremo delgadas. Vadeamos tres o cuatro veces el río **Chaupimayo**, una operación trabajosa, por su lecho pedregoso y su caudal, pero a las cinco de la tarde instalamos nuestro campamento en la margen izquierda. Durante la noche, nos levantamos al sentir crujidos en el monte y un ruido que al decir de mis acompañantes eran pasos. Dos centinelas apostados en avanzada se replegaron sobre nuestro vivaque, no poco asustados, y los demás corrieron en pos de las armas de fuego. Pero como no se repitieron los ruidos, todo el mundo volvió a dormirse hasta el amanecer.

El 10. de agosto descubrimos la huella de un tapir cerca del lugar. A las seis de la tarde reiniciamos la marcha; vadeamos el río **Ucucanchi** que desemboca en el Chaupimayo, y seguimos adelante, luchando contra los mismos obstáculos que encontramos el día anterior pero más inseguros de encontrar nuestro camino, puesto que nuestro fiel guía ignoraba la ruta tanto como cualquier otro miembro del grupo. Así que en ningún momento dejamos de estar atentos al ruido del estruendoso torrente que habíamos dejado atrás

y que se podía escuchar a gran distancia. Mi escolta se tornaba cada vez más temerosa a medida que íbamos avanzando y su único tema de conversación era la ferocidad de los Indios salvajes y de lo fácil que era extraviarse en la maleza. Solamente gracias a una prudente mezcla de súplica y amenaza, logré convencerlos de seguir otras cuatro leguas hasta la confluencia del Chaupimayo con un río demasiado profundo para vadear y demasiado caudaloso para cruzarlo a nado, a no ser que lo intente un eximio nadador. En un ángulo formado por la unión de los dos ríos se distinguían huellas frescas cerca de unas chozas obviamente construidas para albergar partidas de caza o de pesca, pero ninguno de nuestros hombres quiso seguir adelante por las razones arriba mencionadas y porque no teníamos víveres sino para dos comidas más. Luego de empezar a llover, cosa bastante probable porque en el valle de Paucartambo llueve trescientos días al año, el Ucucanchi y el Chaupimayo crecerían tanto que nos cortarían el regreso. Así que, después de un alto de dos horas en el lugar y después de dejar en las chozas de los indios cuchillos, tijeras y cuentas como regalos emprendimos velozmente el retorno al punto de partida donde llegamos poco después de la puesta del sol, exhaustos. Al día siguiente llegamos a Chaupimayo al mediodía.

El 4 regresé a Cosnipata decidido a incursionar con mejor equipamiento en otra dirección, hacia la zona habitada por los Guatipaires.

En efecto el 6 formé otro grupo con el mismo número de gentes que el anterior y a las 10 a.m. salimos rumbo al este, vadeamos el Cosnipata y después de andar trabajosamente tres leguas como en anteriores ocasiones debido a la tupida maleza y cruzar un riachuelo, llegamos a otro torrente impasable a causa de las recientes lluvias. Entonces nos detuvimos para pernoctar en la margen izquierda, bajo un tinglado indígena.

El 7, si bien la corriente estaba demasiado fuerte para permitir vadear el río, el caporal Guerra y otros dos hombres lo pasaron a nado, con la orden de seguir adelante hasta encontrarse con el Guaire Tenenpegua, alias Capitán Francisco, jefe

principal de los Guatipaires e informarle que don Esteban Calderón, al que había visitado varias veces en Cosnipata, deseaba verlo pero que se hallaba detenido en el camino. A poco empezó a llover a cántaros y sólo entonces nos dimos cuenta de lo embarazoso de nuestra situación, en una isla en medio del río. No podíamos movernos para ningún lado puesto que el riachuelo que habíamos cruzado el día anterior se había transformado en rugiente torrente.

El 8 nuestra pequeña isla empezó a reducirse a consecuencia de las lluvias, el estruendo de la corriente era terrible y las turbulentas aguas barrosas, acarreado enormes pedrones hacían temblar el suelo, aumentando nuestra angustia. Al examinar con más detenimiento la angosta franja de tierra seca, comprendimos que debía haber sido pasto de frecuentes inundaciones porque sólo existía en la superficie unos cuantos arbustos y un pequeño árbol sobre el que estábamos dispuestos a treparnos en caso extremo, aunque mal hubiera soportado nuestro peso. Felizmente escampó y al poco rato el Caporal Guerra y sus acompañantes aparecieron en la margen opuesta, con el guaire Francisco, dos de sus esposas y cinco o seis Chunchos de ambos sexos. Parados en la orilla del turbido río sobre el telón de fondo de una aparente impenetrable floresta, la silueta morena de los Chunchos, con sus negros cabellos largos y sueltos, daba a la escena una primitiva rudeza. Al atardecer, habiendo bajado algo el río, el Guaire, nadó hasta donde nosotros pero ninguno de los suyos se atrevió a seguirlo. Abrazó a don Esteban pero se alarmó mucho cuando nos vio a mí y a García mi sirviente, alegando que éramos extraños y no se le había comunicado nuestra presencia. Sin embargo pronto se serenó y volvió a cruzar el río para reunirse con sus mujeres, llevándose algunos regalos.

El 9 regresaron todos a visitarnos y les hicieron entender que yo era un Guaire de soldados de Lima y que quería conocer sus moradas. Expresaron el deseo de ir antes a Cosnipata y solamente después de mucho debatir accedieron a acompañarnos hasta sus viviendas. Se decidió sin embargo que debíamos quedarnos un día

más en el mismo lugar porque el río estaba todavía muy alto. El tamaño de Guerra (mide seis pies dos pulgadas) y el mío, llamó la atención de los Chunchos. Nos acosaron de preguntas: ¿cuántos hombres habíamos matado? ¿cómo había sido herido en la mano?, etc y al reparar en un termómetro, una brújula de bolsillo y un telescopio que llevaba conmigo y estaba examinando, su curiosidad se aproximaba a un misterioso temor.

El 10, cuatro leguas de monte virgen nos llevaron a otra corriente de agua que en parte vadeamos y en parte cruzamos a nado. A una milla de distancia sobre una loma estaba la casa de Francisco, de buena fábrica, 100 pies de largo, 40 de ancho, 6 de alto, con un buen techo de dos aguas de paja roja, o más bien hojas rojas. Allí entramos. Las extremidades de la casa son ovaladas con una puerta cada una, pero no hay ventanas. El interior se parece a un barracón con anchas camillas a ambos lados. La familia del Guaire en pleno y sus allegados viven en esta construcción; descontentándolo a él y a sus esposas, hay nueve hombres adultos, tres mujeres y algunos muchachos, pero cabe holgadamente en este ambiente un número de gente tres veces mayor.

Los Guatipaires se parecen bastante a los Antes. Ellos también se perforan la nariz y los labios para colgar ornamentos. A veces se pintan los rostros y decoran sus cabezas y hombros con plumas, probablemente tan sólo para fiestas. Todos parecen rendirle pleitesía a Francisco al que consideran el más fuerte, el más experto en ejercicios atléuticos y el más valiente; mide cinco pies diez pulgadas, es bien plantado de buenos rasgos, jovial y tiene dotes mímicas de las cuales nos hizo una demostración bastante lograda. Fue decidido enemigo de los cristianos y según dicen ideó y lideró muchas incursiones contra ellos, pero su enemistad trocóse en amistad gracias al afecto con que fue recibido con dos de sus esposas y dos o tres sirvientes durante una visita a Cuzco en el año 1829.

Después de compartir una alegre comida nos retiramos a dormir, totalmente a merced de esa gente que muy bien po-

día haberse apoderado de nuestras armas de fuego de las cuales dos o tres no más funcionaban. No pude pegar los ojos porque los Chunchos formaron un círculo y empezaron a bailar dándose empujones alrededor de uno o dos de ellos; eso, sus prietos cuerpos desnudos, su cabellera negra flotando sobre sus hombros hasta mitad de la espalda, su lengua discordante, su cháchara y cantos ininteligibles, formaban durante la primera parte de la noche una escena digna de una novela. Durante la segunda, algunos se desplazaban constantemente por la habitación, deslizándose como oscuros espectros mientras otros se levantaban para echar unas ramas secas en una de las ocho o diez fogatas que atizaban sin cesar produciendo alternadamente un resplandor, única luz que tenían. Creo que le tienen miedo a la oscuridad total por los espíritus malignos, pero como duermen tanto durante el día, no necesitan mucho descanso durante la noche.

Los Chunchos no parecen faltos de medios de subsistencia. Cultivan maíz, toda clase de plátanos, yucas, piñas y además frutas, y si no las tienen en mayor cantidad es porque le quitan el cuerpo a las labores agrícolas. Prefieren caminar leguas y leguas por el monte persiguiendo presas y pescando sábalos⁶ en el río, a padecer los trabajos de desbrozar y labrar un pedazo de tierra. Comen seis o siete veces en el curso de las 24 horas, por lo general plátanos hervidos y maíz pero era evidente que preferían compartir nuestras provisiones. Les encanta el té y el azúcar, mas no les gusta la sal que nunca usan. El pavón⁷, una especie de pavo pequeño de plumaje negro salvo dos o tres plumas blancas en la cola es su presa predilecta.

No lo despluman para asarlo puesto que el fuego se encarga de ello. Ningún Chuncho sabe montar a caballo. Por lo que he podido averiguar, los Chunchos no tienen ninguna religión y si algo refieren del Ser Supremo son sin duda conceptos adquiridos a través de ocasionales contactos con los cristianos. El matrimonio es un mero acuerdo basado en el consentimiento mutuo y se celebra con un baile y una expedición de pesca. Si bien existe

la poligamia, pocos son los que tienen más de una esposa. Según dicen, las mujeres son virtuosas y las esposas fieles a sus maridos que sin embargo no dejan de celarlas. De lo que hemos observado hay más varones que mujeres y el número de personas mayores de 40 y menores de 15 es reducido. Fiebres y una afección a la nariz a menudo de necesidad mortal, llagas en las piernas y en el cuerpo son las enfermedades más corrientes. Entierran a sus muertos sentados con las piernas y los brazos atados, debajo de sus camillas.

El 11 nos levantamos al amanecer. Yo quería prolongar nuestra excursión más al este o más bien hasta la orilla del río navegable (llamado la Madre de Dios) que corre una seis leguas distante de la casa de Francisco, pero éste y otros Guaires se opusieron terminantemente a ello. Nos dijeron que el bosque era totalmente impenetrable para nosotros, que el río quedaba más lejos de lo que calculábamos y mencionaron multitud de otros obstáculos. Siendo así y con la probabilidad de que pronto llovería, emprendimos el retorno a Cosnipata en compañía de tres Guaires y dieciséis de sus hombres y mujeres. Estas cargaban las provisiones en bolsas de su confección, ceñida la cabeza con una ancha vincha para soportar el peso de los bultos que colgaban en sus espaldas. Se encargaban también de la cocina y de otros menudos menesteres. Al parecer las esposas de Francisco se llevaban muy bien y parecían hermanas. Cruzamos el río con menos dificultad que a la ida y después de caminar casi todo el día a buen ritmo, llegamos a Cosnipata al atardecer.

La alegría reinó durante ese día de viaje y Francisco estuvo más gracioso que de costumbre. Cantó muchas canciones, dos de las cuales tituladas El Jabalí y El Loro; luego canturreó el Alabado (Laus Deo) imitando lo que alguna vez había escuchado al amanecer en Cosnipata. Cuatro o cinco muchachos chunchos que nos acompañaban, mostraron gran destreza para reclamar aves y monos en la copa y en las ramas de los árboles; podían también indicar que dónde y de qué provenía el menor ruido. Nos enseñaron la pista de

una manada de jabalíes y las huellas de un tapir.

El 13 Francisco y sus acompañantes emprendieron el regreso y se despidieron luego de haberme despojado de cuanto regalo podía darle. Al día siguiente, ya de vuelta, pernoctamos en el Tambo, el 15 en las Tres Cruces y el 16 de agosto llegamos a Paucartambo.

Aparentemente poco es lo que el resultado de estos viajes agrega a nuestro conocimiento de esta parte de América del Sur; sin embargo, en el primero hacia el norte se recorrió 130 millas de terreno y en el segundo hacia el este, más de 150 millas de una región rara vez, si alguna, hollada por un europeo, y de cuyas instancias creemos no existe relato publicado alguno; pero el mayor valor de la última excursión radica en su probable conexión con un punto incierto en la hidrografía de estas extensas llanuras, particularmente el nacimiento, curso y tributarios del gran río Purús que según un relato publicado por el teniente Smyth, R.N. y un artículo escrito por ese emprendedor oficial y que aparece en la página 11, primera parte del vol. VI de este Journal, se conoce como uno de los más grandes afluentes del río Marañón, o el Amazonas. Hablando de él en la página 13, dice "el río Purús tiene cuatro grandes desembocaduras en el Marañón, la mayor de ellas de una milla y media de ancho, y no podíamos tocar el fondo con una sonda de 20 brazas"; y también "de todas las corrientes de agua inexploradas que desembocan en el Marañón, me parece que es el más digno de atención y el que ofrece mayores posibilidades de comunicación con Bolivia". Asimismo, en un valioso documento traducido por el Sr. Woodbine Parish de un MS de Thadeus Haenke, donde en la página 94, vol. V, hablando del Purús o Cuchivara dice: "Tengo bastantes datos, me parece, para fijar su nacimiento entre la cordillera de Vilcanota y el este de las montañas de Carabaya"; y otra vez, "los indios establecidos al oeste de Apolobamba me cuentan de un río ancho y pro-

fundo que atraviesa una planicie cubierta de espesos bosques, a una distancia de aproximadamente diez días de viaje al oeste del río Beni —en cuyas márgenes viven un gran número de indios y que en su idioma llaman Manoa—.

Ahora en el croquis adjunto que el General Miller mandó desde Cuzco con el trazo de sus viajes, el río al que llegó a cuarenta millas al este de los Antes es marcado como naciendo en la Cordillera del Este, dirigiéndose al sur-este y recibiendo varios tributarios de la pendiente oriental de las montañas, hasta llegar a un lugar aproximadamente 10 millas al sur del asiento del Jefe de los Indios Chunchos, en 13°30' latitud Sur donde cambia su curso en dirección al noreste hacia las extensas pampas y descrito como un "río manso y navegable". ¿No podría éste desembocar en el Purús? y si no, es una prueba que existe un medio de comunicación a través de las Pampas por vía fluvial probablemente navegable para barcos a vapor hasta el pie mismo de esta parte de los Andes.

Estamos conscientes que esta información descansa posiblemente tan sólo sobre las aseveraciones de los indios, pero aparentemente fueron recogidas por personas que, desde que no han tenido interés en engañar, por lo regular son reputadas correctas y la consignamos aquí más para invitar a la investigación y buscar la verdad, que como dato positivo sobre el cual corregir nuestros mapas; sin embargo, según los que están mejor informados sobre esta parte de América del Sur, parece que resultará correcta. De ser así nos librará de las inverosimilitud de un gran río "con cuatro bocas grandes" brotando en medio de una vasta extensión, distante algunos cientos de millas de cordillera alguna.

Podemos observar aquí que la posición del Cuzco⁸ no está, creemos, determinada astronómicamente y nos atreveríamos a sugerir a algunos de los numerosos oficiales empleados en la estación Sudamericana que Cuzco está tan sólo aproximadamente 250 millas distante del puerto de Islay, cerca de Arequipa, por un camino regular y que si dispusiera de una semana de viaje podría ir y regresar a su

buque después de haber fijado la posición de la célebre capital de los Incas.

Desde que la carta arriba mencionada fue escrita, un importante cambio en los límites políticos de las regiones descritas por el General Miller ocurrió, un cambio al que los talentos militares de nuestro autor han contribuido materialmente y que es de rigor mencionar aquí.

A consecuencia de la derrota del jefe peruano Salaberry (sic) en febrero 1836 por los ejércitos unidos de Bolivia y Perú, los representantes de las cuatro provincias sureñas se reunieron en Sicuani el pasado 17 de marzo y declararon su separación de la República del Perú y su incorporación a un estado independiente bajo el título de Estado Sudperuano.

Este flamante estado comprende las cuatro provincias de Cuzco, Ayacucho, Puno y Arequipa; la mayor porción de territorio está situado en los Andes o en los valles aledaños. Los habitan un gran número de indios agricultores e industriales que conforman, por lo tanto, lo mejor de la confederación. No se había elegido capital al momento de recibir estas noticias, pero es probable que Arequipa, por su prosperidad comercial y su cercanía a la costa será escogida como futura sede del gobierno.

La asamblea de Sicuani ha puesto oportunamente su país bajo la protección del General Santa Cruz, el ilustre Presidente de Bolivia cuya administración desde 1829 lo presenta como modelo de buen gobierno, paz interna y prosperidad financiera.

Desde el punto de vista geográfico los cambios políticos a los cuales hacemos referencia no carecen de importancia. Parece que ha llegado al momento de poder esperar la solución al problema referente al curso de los grandes ríos que desembocan en el Amazonas entre el Huallaya (sic) y el Madeyra. Anticipamos con confianza que un asunto de tanta relevancia comercialmente hablando, no escapará a la atención del gobierno patriótico de Bolivia y de su hábil presidente Santa Cruz; y que pronto los productos de las ricas provincias de Apolobamba, Moxos y otras comarcas ubicadas en la vertiente oriental de los

Andes se abrirán camino a los mercados europeos por la ruta menos indirecta del Amazonas y sus tributarios.

El gobierno de su Majestad ha nombrado últimamente un cónsul general para Bolivia.— Ed.

NOTAS

- (1) Gran bestia, en español en el texto.
- (2) Así en el texto.
- (3) En femenino en el texto.
- (4) En español en el texto.
- (5) El General Miller llama a este río el Paucartambo pero debe haber un error, puesto que poco antes menciona la confluencia de este río con el Apurímac sobre la vertiente occidental de la Cordillera Oriental mientras que en su propio croquis, este río fluye hacia el sur-este. (Nota de la versión original en inglés. P.C.C.).
- (6) En español en el texto con su respectiva explicación en inglés.
En español.
Alcedo consigna la posición de Cuzco en 13°42' latitud sur y 71°4' longitud oeste de Greenwich, de fuente desconocida y Coulier y otros lo repiten.